



Con las elecciones del 28 de Marzo de 1982 concluye provisionalmente el proceso iniciado el 15 de Octubre de 1979. Durante este período, uno de los más intensos de la historia de El Salvador han sucedido muchas cosas graves, pero todas ellas pueden resumirse en una realidad: la terrible guerra civil que ha trastornado de arriba a abajo la estructura del país y ha producido dramáticos resultados. No es que el proceso haya concluido con el acto formal de las elecciones, ni siquiera con la instauración de la Asamblea Constituyente y del Gobierno provisional. Ambos sucesos son transitorios, pasos intermedios para una nueva andadura; pero, además, son sucesos que no han dado fin al problema fundamental de El Salvador, tal como se manifiesta de forma más aguda y significativa en la guerra civil. Sin embargo, aunque el período y el proceso no han concluido definitivamente, han tomado otra forma. Esto permite y exige echar una mirada atrás, no con el ánimo de condenar, sino con el empeño de encontrar soluciones. Sería una falta de responsabilidad imperdonable el que los dirigentes del país, sean políticos, militares, empresarios, revolucionarios, religiosos o intelectuales, no se pusieran a analizar estos dos y medio para, tras un estudio serio, proponer vías de salida a una situación intolerable.

Nuestra Revista quiere ayudar a este examen de conciencia nacional, como lo ha hecho en casos similares. Para ello ha reunido una serie de estudios que tocan algunos de los puntos principales configuradores del proceso. Son, sobre todo, materiales para el examen y la reflexión. No abarcan todo lo ocurrido, pero sí algunos elementos significativos. Lo hacen con honestidad y, así lo pensamos y deseamos, con objetividad. Al menos están escritos, reconocida su provisionalidad, con independencia de criterio universitario, con arduo trabajo, con amor al pueblo salvadoreño y con decidida voluntad de que el país se encamine rápidamente en la busca y encuentro de soluciones seguras y verdaderas. Pensamos que quienes tienen responsabilidad sobre la marcha del país deberían hacer algo similar. Entonces desde un ~~xxi~~ serio contraste de opiniones, en que prime la reflexión sobre la pasión, podrán buscarse y

15 Octubre-28 Marzo...



2

encontrarse soluciones nacionales, que reflejen la realidad de los hechos y las necesidades objetivas; salidas, al menos, que ayuden a sacar a El Salvador de la desesperada situación en que se encuentra.

Porque desesperada, dramática, inaceptable es la situación del país. No lo era tanto antes del 15 de Octubre, aun cuando los problemas de fondo ya estaban presentes entonces. Durante estos dos años y medio ha ido empeorando de día en día. Los treinta y cinco mil muertos, la inmensa mayor parte de ellos víctimas de la represión; los cerca de quinientos mil ~~refugiados~~ desplazados de sus lugares, muchos de ellos al extranjero y a campos de refugio; la ruina de la economía nacional afectando más y más a la población, especialmente a los de menores recursos que son los más, en forma de paro creciente, en congelación de salarios y elevación de precios; la vida política y social en permanente estado de excepción sea por decretos y leyes que impiden el disfrute de derechos constitucionales, sea por el peligro permanente que amenaza a todos; la sistemática, masiva e impune violación de los derechos humanos... Pero sobre todo el estado de guerra, que va más allá de los combates militares hasta invadir toda la vida del país desde el presupuesto nacional a la rutina de los cateos, de los retenes, de las bombas, de los apresamientos, de las quemaduras, de los desaparecidos. Para qué repetir una vez más la larga letanía dolorosa de nuestros males. Y, junto a ella, la falta de dignidad nacional, la pérdida de la soberanía, entregada en importantes sectores a países extranjeros, especialmente a Estados Unidos. Casi todo ha ido a peor en los dos últimos años. Ni siquiera las reformas y las elecciones pueden estimarse como completamente positivas, porque tras las reformas y las elecciones muy poco ha cambiado. La guerra sigue más fuerte y extendida; la represión ha podido descender cuantitativamente algo, pero el aparato represivo sigue igual y en cualquier momento puede volver a ponerse en pleno rendimiento.

Reagan

El Presidente podrá certificar ante el Congreso que ha habido progresos en la



institucionalización democrática, en el respeto de los derechos humanos, en la prosecución de las reformas, en la investigación judicial de los norteamericanos asesinados en nuestro país. Pero esto no es realmente así. Sabemos que lo que se pueda mostrar como avance no toca la principal de nuestra tragedia y sabemos que por ese camino y a esa velocidad no saldremos de nuestros problemas.

Retengamos, pues, que la situación actual es probablemente la peor y más grave que ha sufrido El Salvador en toda su historia. Decidámonos a trabajar para salir de ella. Pero para hacerlo por el buen camino, reflexionemos desapasionada y profundamente sobre los pasos dados en estos últimos años. De esa reflexión podremos concluir al menos qué pasos no deben seguirse dando, pues han demostrado ser malos y costosos en sí mismos y, además, inútiles o contraproducentes para resolver los problemas del país, el problema del país. Tras esta reflexión, tras ver cómo y por qué el país ha llegado a la postración en que se encuentra, podremos concluir que algo radicalmente nuevo ha de emprenderse, ya que nuevas variaciones de lo mismo nos llevarán a hacer todavía más desesperada nuestra situación..

La reflexión nos ha llevado a nosotros a decir que son tres los grupos de tareas fundamentales, en las que debe embarcarse urgentemente la actividad del país: a) pacificación; b) democratización; c) reconstrucción. Pero hay que explicar qué se entiende por cada una de ellas, pues no bastan las palabras o con las mismas palabras pueden decirse cosas sensiblemente distintas.

a) Pacificación

El país está en guerra, y aunque no todo el país participa activamente en ella, sí lo hacen las fuerzas más poderosas en capacidad de destrucción. Esto hace que la guerra lo invada todo y lo empeore todo. No es entonces exagerado decir que si los salvadoreños no terminamos con la guerra, la guerra va a terminar



con El Salvador.

Cuando hablamos de la guerra en El Salvador no hablamos sólo de las acciones militares y paramilitares, en las que han muerto ya varios miles de combatientes; ni hablamos sólo de los cientos de millones de colones del presupuesto nacional y de créditos extranjeros que se invierten en ella, hasta hacer de nuestra economía una economía de guerra. Hablamos también de la represión que causa decenas de miles de víctimas, centenas de miles de desplazados. Hablamos de un estado de guerra que prácticamente ha dividido en dos la geografía nacional, que disloca el conjunto de las actividades políticas y sociales. Hablamos de una economía que va al desastre casi total y que se hace difícil de levantar por la destrucción, inseguridad y falta de recursos disponibles para la paz. Hablamos de una polarización de los ánimos que hace que miles de salvadoreños vean en otros miles de salvadoreños a sus enemigos irreconciliables, que hay que aniquilar cuanto antes para ~~que~~ no ser aniquilados por ellos. Hablamos de una descomposición del aparato de seguridad del Estado, que da por habitual el que sea la ley de la selva o, lo que es peor, la ley de la arbitrariedad, la que rija las listas de la muerte, de las detenciones, de los desaparecimientos. Hablamos también de una guerra, en la que ya no se solventan sólo problemas nacionales sino también intereses de las grandes potencias, especialmente el interés de Estados Unidos por no ver complicada su seguridad nacional.

Con todo esto hay que terminar si queremos hablar de pacificación y no con la aniquilación de una de las partes en lucha. Y con esta guerra hay que terminar no militarmente sino pacíficamente. Pretender el final de la guerra por la vía de la militarización, del gerrerismo, es agravar los problemas nacionales y regionalizar el conflicto. Por parte y parte hay todavía recursos, energías y voluntad de combate para un largo tiempo, que ha de medirse por años y no por meses. Los cálculos más optimistas por parte del gobierno y de los asesores norteamericanos dan que el país no podrá ser pacificado antes de 1984, después de haber invertido en la aniqui-



lación del FMLN cientos de millones de dólares, que dejarán tras de sí miles y miles de muertos y un país asolado; los cálculos de sus contrarios también cuentan con que en 1984 las cosas serán más fáciles, porque para entonces ya se habrá demostrado la incapacidad de la Fuerza Armada para acabar con la guerrilla y de la política de la Administración republicana para terminar con el foco de agitación y rebeldía, que supone para ellos el pequeño territorio de El Salvador.

Hay que buscar, por tanto, una forma política para terminar con la guerra y hay que encontrarla cuanto antes. Y esto no se se puede conseguir sin alguna suerte de diálogo y negociación entre las partes ~~en~~ beligerantes. Lo acaba de afirmar por fin la Conferencia Episcopal de El Salvador, que hasta ahora era reacia en su conjunto a emprender la vía del diálogo con el FMLN: "por eso mismo exhortamos a todas las partes involucradas en el conflicto a que, abandonando toda postura irreductible, se abran a un diálogo sincero, claro, leal, animado de buena voluntad y de un espíritu de auténtico patriotismo, poniendo por encima de los intereses particulares o de grupo, la unión de la familia salvadoreña (Mensaje Pastoral, 15 de Julio de 1982). Testimonio tanto más interesante cuanto que la misma Conferencia abogó en su día por las elecciones como principio de solución. A la pregunta retórica lanzada por el Ministro de Defensa de quiénes han de dialogar, la Conferencia Episcopal ya ha dado su respuesta: "todas las partes involucradas en el conflicto", por tanto, la Fuerza Armada, la Empresa Privada, los Partidos, el FDR, el FMLN. Es sofístico decir que no se quiere dar poder a quienes no lo supieron conquistar en el campo de batalla o en el proceso de elecciones. Muchos que han tenido y tienen poder hoy en El Salvador no lo consiguieron en el campo de batalla ni en las urnas electorales; por otro lado, el FMLN se ha convertido evidentemente en una fuerza, que ha conquistado un notable poder, suficiente para hacerse sentir en el interior del país y para hacerse escuchar en los foros internacionales.

Sin embargo, lo que las partes beligerantes deben dialogar y negociar no es ne-



cesariamente el poder del Estado. Antes de eso pueden dialogarse y negociarse otros puntos importantes para la pacificación del país, que van desde los referentes al proceso de democratización ~~xxxxx~~ hasta los pasos previos a una finalización gradual de las acciones militares, que pueden llegar hasta la negociación sobre las condiciones mínimas para unas elecciones libres. Cuando el nuevo Secretario de Estado Norteamericano afirma que no aconsejará negociaciones con la guerrilla puede estar significando que no las va a favorecer, si es que se refieren inmediatamente a la participación en el poder; cuando, por su parte, el subsecretario para asuntos interamericanos habla de que, después de las elecciones, podría avanzarse en formas de diálogo, puede estarse refiriendo a diálogos parciales y paulatinos.

b) Democratización

También sobre la necesidad de democratización parece haber un amplio consenso nacional. Pero es importante definir en qué consiste esta democratización, cuando la proponemos como tarea fundamental.

La democratización implica, por lo pronto, una politización del proceso y, consiguientemente, una desmilitarización del mismo. No basta terminar con el belicismo; hay que terminar también ~~xxxxx~~ con el militarismo. El militarismo es, en general, un vicio de los países subdesarrollados y consiste en que el estamento militar tenga un peso en la conducción política de la nación que de ningún modo le corresponde ni por mandato constitucional ni por las características intrínsecas de la institución militar. No porque tenga en sus manos la fuerza de las armas o porque en raras ocasiones exponga su vida en defensa de los intereses de la patria, el estamento militar tiene la capacidad ni la legitimidad para imponer su voluntad a la mayoría de la población; no tiene tampoco la exclusiva del patriotismo ni de la clarividencia política. Los estrepitosos fracasos ~~militares~~ de los militares argentinos, chilenos y bolivianos, para poner sólo ejemplos lejanos, en la conducción política, eco-



nómica y aun militar de sus naciones deben abrir los ojos a nuestra institución armada; los ejemplos más próximos de Honduras, Guatemala y los de El Salvador en épocas bien recientes deben servir para algo. Hay que respetar sin duda la institucionalidad del ejército, pero un modo de hacerlo es ateniéndose estrictamente a lo que la institución puede dar de sí según las leyes y según su formación castrense. Pero más que la institucionalidad hay que respetar la constitucionalidad del ejército: hay que lograr un ejército realmente constitucional, esto es, un ejército que respete escrupulosamente la constitucionalidad del país, donde el poder no está en la Fuerza Armada sino en el Poder Legislativo, en el Poder Judicial y en el Poder Ejecutivo, y esto no de una manera meramente formal sino de una manera real, cosa que no ha ocurrido en nuestro país por más de cincuenta años. Para ello hace falta un rearme moral de nuestra Fuerza Armada, una restauración moral del estamento militar. Es necesario y es posible: es necesario, porque mientras jefes y oficiales no se ~~eduquen~~ eduquen en una nueva forma de ser y de comportarse, estarán a merced de intereses espúreos que necesitan de la corrupción y del desprestigio de los militares; y es posible, porque el ejército salvadoreño ha dicho con suficiente autenticidad en ocasiones que no quiere seguir siendo el brazo armado de la oligarquía sino el respaldado armado de la voluntad popular y de la nación como un todo, como fue el caso de la Juventud Militar quien demostró el 15 de Octubre que no todo estaba podrido en el ejército, que había voluntad de cambio, que había en él reservas de honor, valor militar y moralidad política, sincero amor al pueblo.

Este aspecto de la desmilitarización también compete al FMLN, en el que la dirección y la actividad principal debe pasar de los comandantes guerrilleros y de las acciones bélicas a instancias políticas y organización de masas. Lo militar sigue siendo importante, pero el FDR-FMLN no tienen por qué caer en desviacionismos militaristas, que impidan la manifestación de la voluntad popular y dificulten una auténtica soberanía popular.



La democratización implica también, sobre todo en nuestro caso particular, un pleno respeto a los derechos humanos, ~~sobre~~ especialmente a los derechos consagrados en la Constitución y en las leyes de la República. El derecho a la vida y a la libertad de todos los ciudadanos, como valores fundamentales ante los que todo otro valor tiene que ceder. No hay democracia sin vida y libertad. Para nosotros será solución democrática la que termine con la violación de los derechos humanos, esa violación sistemática, continuada y masiva, por la que hemos sido advertidos por las Naciones Unidas y por la que la OEA ha hablado de un terrorismo de Estado. ¿Cómo hablar de democracia en estas condiciones? En ese sentido la democratización exige un saneamiento de todos los responsables de la represión, sobre todo de los responsables enquistados en el poder, especialmente en el poder militar. Si sigue organizado el aparato de la represión, no puede trabajarse por la democracia en el país.

La llamada a la democratización en este sentido alcanza también al FMLN, que debe mostrar con hechos reales su voluntad anunciada de negociar, de terminar lo antes posible con medidas de fuerza, especialmente con el sabotaje económico y con lo que pudieran ser formas estrictas de terrorismo. Es cierto que en la comparación entre su conducta y la de sus adversarios en este campo de la violencia represiva sale el FMLN muy favorecido; es cierto también que su oferta de negociación conlleva el término inmediato de acciones violentas; es cierto que han dado pruebas evidentes de humanidad con los prisioneros capturados en acciones militares. Pero hay otras acciones de difícil comprensión para el pueblo y que no son conciliables con la necesidad de democratización.

La democratización, por otra parte, en un sentido más estricto implica la apertura del espacio político, de modo que todos los ciudadanos puedan participar en los destinos públicos de la patria. Empieza por la definición y puesta en marcha de un marco jurídico constitucional, que respete los derechos fundamentales de todos



los ciudadanos, se acomode a nuestra circunstancia y defina las reglas del juego político; incluye la posibilidad legal y real de organizarse, movilizarse y expresarse en partidos políticos, sindicatos y toda suerte de organizaciones; necesita un poder judicial saneado, capaz e independiente, al que puedan recurrir con seguridad y efectividad los ciudadanos para reclamar que se les haga justicia; posibilita un sistema de medios de comunicación social en el que hay una libertad real de prensa y de otros medios para que todas las fuerzas puedan hacerse oír equitativamente; prepara en el momento oportuno la manifestación de la voluntad popular en orden a elegir sus representantes locales y nacionales, pero de modo que la elección no sea formal sino verdaderamente real dentro de una justa igualdad de oportunidades.

Tenemos que reconocer que estamos muy lejos de una democratización así entendida. Las elecciones del 28 de Marzo no han sido resultado de una democratización previa ni pueden llevar por sí solas a una plena democratización. En la Asamblea Constituyente no está representada toda la nación y, consiguientemente, no se dan las condiciones para que la próxima Constitución responda efectivamente a un consenso nacional. Puede sí ser un comienzo de democratización, en cuanto la amplia parte de población que representa la Asamblea Constituyente puede delegar en sus diputados la tarea de pacificación a través de diálogos y negociaciones, que eso significa su no a la violencia; puede impulsar a medidas demoratoras tales como la suspensión del estado de sitio, del decreto 507, la promulgación de una amnistía a los presos políticos, la apertura de la Universidad Nacional; puede preparar unas elecciones en que haya posibilidad real de que participen con plenas garantías las fuerzas sociales, que no las tuvieron en el 28 de Marzo. Todo ello es algo difícil de conseguir, pero algo al mismo tiempo por lo que merece la pena de empeñarse con todas las fuerzas.

c) Reconstrucción nacional

También en este punto hay consenso general. Se reconoce que la situación económica del país es alarmante por lo mucho destruido, por lo mucho abandonado, por lo mu-



cho dejado de hacer o mal hecho; se reconoce que las necesidades actuales e inmediatas del pueblo salvadoreño son gigantescas y se van a multiplicar en los próximos años; se reconoce, por tanto, que se necesita un esfuerzo extraordinario para recuperar la economía y relanzarla cuanto antes. Lo que ya no se reconoce tan unánimemente es que todo ello no es posible sin que cese cuanto antes la guerra y sin que se llegue a un consenso nacional sobre el marco general en que se va a desarrollar el proceso económico nacional.

Hay todavía quienes piensan que es posible volver al pasado, a un presunto liberalismo económico, que no sólo no logró desarrollar el país de modo que el crecimiento económico respondiese a las necesidades de los salvadoreños todos sino que fue el responsable último de la injusticia estructural e institucionalizada, que encendió el fuego del movimiento revolucionario. Hay todavía quienes pretenden imponer su interés de clase minoritaria sobre el interés común. Los que así piensan olvidan que todo ello ha dado paso a una guerra civil, una guerra en la que no son vencedores y que, por tanto, no les garantiza ni siquiera el puedan imponer por la fuerza sus pretensiones.

Hay, por otra parte, quienes piensan que el reformismo iniciado el 15 de Octubre es el camino adecuado para apagar los revolucionarismos en un primer momento y para transformar y relanzar la economía después. Los meses pasados por sus especiales circunstancias no han permitido que el reformismo haya mostrado lo que puede dar de sí. Echado a andar en circunstancias sociales adversas, atacado fuertemente y aun boicoteado por el sector que se llama productivo, mal preparado y gestionado técnicamente, el reformismo ha quedado en el papel o en formas muy parciales de realización.

No hay consenso entre unos y otros y, menos aún, con las fuerzas aglutinadas en el FDR-FMLN. Por ello la reconstrucción necesita también de un diálogo negociador, que lleve a un pacto aceptable para todas las partes, en ~~las~~ ^{el} que todas cedan y en



el que todas ganen. Hay que pactar un marco económico general, en el que se puedan poner las partes en conflicto. Las líneas generales de ese marco económico ya han sido propuestas en sucesivas y progresivas declaraciones del FDR-FMLN: economía mixta en la que se delimiten bien las competencias del Estado y el espacio de la empresa privada; reconocimiento de la necesidad de que la empresa privada nacionalista y progresista aporte su capacidad, sin la que no es posible la recuperación, y por la que le deben ser reconocidos y garantizados los beneficios justos ~~por su~~ de su inversión y esfuerzo. Más difícil es encontrar unanimidad en los representantes hegemónicos de la empresa privada, incluso para iniciar el diálogo y el pacto social. De todos modos entre los distintos programas de partes y parte y, sobre todo, entre las prácticas tradicionales de unos y de otros hay un gran abismo, que sólo un diálogo realmente nacional fijado en leyes y estructuras confiables podrían reducir. Y si no se llega a un acuerdo suficiente, hay que dejar abiertos los medios para que el disenso no se convierta en boicot absoluto o en lucha destructora. El país no está para más destrucción ni la lucha de intereses tiene por qué tomar la misma forma adoptada hasta ahora.

Desde luego que no es posible la recuperación y, menos aún, la reconstrucción sin la terminación de la guerra y una terminación política, no violenta. Ni tampoco sin una incipiente democratización. Una aparente recuperación económica por la vía fácil de la incentivación exagerada del sector privado tampoco conduciría a la reconstrucción económica y social. Por todos lados vuelve a ~~na~~ presentarse la misma coincidencia: hay que lograr una decisión política consensuada, en este caso, sobre el tipo de economía que va a tener el país, no porque se imponga a la fuerza, sino porque es el más conveniente para los salvadoreños y porque responde mejor a lo que ha motivado la crisis de los últimos años. No se trata de una discusión ideológica abstracta sobre las ventajas e inconvenientes de un capitalismo o de un socialismo abstractos; se trata de una negociación a partir del discernimiento lúcido de las causas de nuestro males y de las posibilidades reales de solución. También es urgen-



te, aunque menos importante, un estudio técnico sobre la situación real de la economía salvadoreña y sobre el modo de relanzarla para que pueda responderlo más pronto posible a las necesidades ingentes del país. Nos esperan años muy difíciles, años de emergencia nacional, pero estos años serán más difíciles y largos, cuanto más adelante vaya la destrucción, cuanto más tardemos en negociar una solución política y una solución económica.

Si quisiéramos unificar estas tareas en un quehacer fundamental, que aunase el esfuerzo nacional, deberíamos hablar de una re-humanización del país. El Salvador se ha deshumanizado hasta límites increíbles en los últimos años. La deshumanización había comenzado con una solapada pero constante y profunda violación de los derechos humanos, aun de aquellos derechos que ~~ya~~ garantizaba la Constitución; la deshumanización subió de grado cuando a la justa protesta de un pueblo organizado se le respondió con tal represión sistemática, que llegó a escandalizar al mundo; la deshumanización sigue su curso hoy día por el lugar central que ocupa en nuestro proceso histórico actual la guerra sobre todo en sus formas más sucias y crueles. No negamos que en este proceso se han despertado nuevas y profundas virtudes, que han llevado hasta el heroísmo dar la vida por los demás y al heroísmo de arriesgarlo y dejarlo todo para que el pueblo llegue a tener lo que le corresponde en justicia; no negamos que en este proceso una gran parte del pueblo se ha concientizado y organizado, convirtiéndose así en la gran reserva moral de una forma nueva de humanización. Y, sin embargo, la deshumanización lo invade todo. Por eso es tan indispensable la rehumanización, la cual implica, por lo pronto, el que se frene la deshumanización cuanto antes y se borren las causas y procedimientos de deshumanización. Exigencia que nos lleva de nuevo a pedir que se busque cómo terminar políticamente con la guerra, que se busque cómo llegar a un diálogo para encontrar caminos de solución concertada.

No es fácil el diálogo. Ni siquiera todos están convencidos todavía de cuán nece-



sario es. No es fácil arbitrar modos realistas de iniciarlo y menos fácil es aún el ir dando pasos, que supongan arreglos objetivos. Pero ese es el camino. Y ese camino podrá despejarse de obstáculos, si se tienen en cuenta dos principios: que las fuerzas extranjeras salgan del problema salvadoreño y que todas las fuerzas salvadoreñas participen en la búsqueda y realización de la solución. No a la intervención y sí a la autodeterminación; no a los de fuera que hoy se empeñan en intervenir en nuestros asuntos y sí a los de dentro a quienes se les impide el aportar su razón y exigir su derecho. Ni Washington ni La Habana tienen por qué ser quienes determinen lo que debemos hacer los salvadoreños. Pero lo que no se puede admitir es llamar intervencionismo marxista a la presunta ayuda impulsada desde Cuba y no llamar intervencionismo imperialista a la evidente ayuda militar y al comprobado influjo hegemónico y determinante de la Administración Reagan en El Salvador. Es necesario un nacionalismo sano; no somos una isla en el mundo, evidentemente, pero somos un país, una nación, un pueblo, una patria. Y esto legitima el que todos los salvadoreños y sólo los salvadoreños determinen lo más autónomamente posible lo que necesitan y lo que quieren.

Para encontrar razonablemente lo que el pueblo salvadoreño necesita y quiere hay que tener delante de los ojos lo que ha pasado en estos últimos años, especialmente desde el 15 de Octubre hasta hoy, período en el que han salido a la superficie los problemas y las soluciones que se venían gestando durante el último decenio. Es necesario hacer un balance para no repetir crasos errores que nos han llevado a esta situación agónica; crasos errores en las actitudes, en los diagnósticos, en las soluciones emprendidas, en los proyectos. Queriendo ayudar en esta tarea de hacer balance se ofrece a los lectores este número de ECA. En él se desarrollan nuevos análisis sobre la economía, sobre las fuerzas políticas, militares, religiosas, empresariales,; sobre la guerra y los derechos humanos, sobre los medios de comunicación. Se dan datos y se adelantan interpretaciones. Significan en su conjunto una llamada a la reflexión y al estudio. Tras estos largos meses de experien-



cias tan dolorosas no sería justo empecinarse en posiciones anteriores, como si nada hubiera pasado. Ya no hay posiciones pasadas que sigan siendo válidas, si es que no se someten a crítica y actualización. La situación es muy diferente a lo que era dos años atrás.

Es cierto que el problema básico sigue siendo el mismo: una situación de inaceptable injusticia estructural, conjuntamente agravada por el conflicto. Y sobre esa situación se alzan firmes los antagonistas principales, a quienes la lucha les ha fortalecido: quienes quieren que todo siga lo mismo en lo fundamental y los que quieren que las cosas cambien fundamentalmente; son los anti-revolucionarios y los revolucionarios. Entre ellos otros sectores amplios, más numerosos pero menos fuertes. Los dos años y medio que acabamos de pasar han demostrado que el antagonismo principal ha de tomar forma distinta que la de la guerra y la represión; han demostrado que es menester dar un paso adelante, que no puede llamarse síntesis de contrarios, pero sí una nueva etapa, en la que las contradicciones no se den ya en la misma forma, en que los modos de contradecirse y de combatirse sean distintos de los empleados hasta el momento. Las contradicciones siguen dándose objetivamente y con ellas los intereses subjetivos, y no pueden desaparecer hasta que se den cambios fundamentales en la estructura socio-económica y política. El modo, no obstante, del enfrentamiento tiene que ser distinto, tiene que nacionalizarse, tiene que democratizarse, tiene que humanizarse. Sólo así podrá hablarse de una reconstrucción nacional que se necesita y urge como urge y se necesita la lluvia de mayo para que la siembra empiece y ~~haya~~ pueda haber pronto alimento, justicia y libertad para todos, especialmente para las mayorías populares.